



Puértolas,

Ana

(Pamplona, 1945)

Mi adicción por la lectura comenzó mucho antes que el gusto por escribir. En nuestra casa existía una gran estantería llena de libros de los de leer de verdad, muchas traducciones de la época (los años 40-50: Lajos Zilahy, Somerset Maugham, Stefan Zweig) que mi madre devoraba. Y otros más ilustrados como la Antología del Teatro del Siglo de Oro, o las obras completas de autores clásicos de Aguilar. Pero mis primeras lecturas se deben a Elena Fortún y a Julio Verne. En aquellos años ni se me ocurría ser escritora, pero sí correo del zar como Miguel Strogoff, o Axel, el sobrino del profesor alemán Otto Lidenbrock en el *Viaje al centro de la tierra*. Lo de escribir me vino más tarde, con la adolescencia, una etapa proclive al sentimentalismo y los malos versos. Felizmente me libré de ella con solo dejar pasar los años, me dediqué a estudiar, a leer los libros de la estantería familiar y otros nuevos que me fueron aconsejando mis nuevos amigos en la universidad.

Cosas de la vida y del destino, después de algunos trabajos ocasionales de correctora de estilo en distintas editoriales, se me fueron a juntar dos aficiones y una necesidad, y así escribir de mis viajes se convirtió en un estupendo medio de ganarme la vida. Hoy la literatura considerada más o menos “viajera” me tiene tan fascinada como lo estaba de niña con los libros de Verne. A Conrad, Peter Fleming, Lyli Litvak, Colin Thubron, Norman Lewis, William Dalrymple, o Graham Green, por citar solo unos pocos entre muchos y buenos, les debo algunos de los mejores ratos de mi vida.

A decir verdad no fui capaz de ponerme en serio a la tarea de escribir algo realmente mío, y no de encargo, hasta que me jubilé. Hasta entonces mi cabeza y mi dedicación estuvieron al servicio del trabajo que, no puedo

quejarme, globalmente me resultó satisfactorio, pero me chupaba mi tiempo, la inspiración y la energía. Pero así son las cosas, trabajar fue la única forma que encontré para hacerme con un piso, comer todos los días, dar una carrera a mi hija y permitirme algunos viajes estupendos. Así llegamos al final. Una vez jubilada, me puse a escribir el libro de viajes que nunca había podido antes escribir, con mi manera de mirar, vivir y sentir paisajes, ciudades o ruinas. Me lo publicó la editorial Pasos Perdidos en 2012 con el título *París-Saigón*. A continuación empecé con una historia nada viajera pero muy cercana para mí y muy intensa: la de un grupo clandestino de tendencias “prochinas” durante los años 1964-1974, bajo el franquismo. Mezcla vivencias ficcionadas con documentación histórica. La leyó Jorge Herralde y le gustó. Acaba de salir en Anagrama, Narrativa Hispánicas, en mayo de este año con el título *El Grupo 1964-1974*. Y ahora me he metido en otra aventura literaria. No la cuento porque dicen que da mala suerte. En eso estoy.

